

Editorial

Elecciones aleccionadoras

El proceso electoral de 1988, mediante el cual se seleccionaban consejos municipales y diputados, no tiene en sí mismo una importancia decisiva, pero no por ello deja de ser un suceso importante en la marcha política del país. Se trata, más que todo, de unas elecciones aleccionadoras sobre algunos aspectos de la situación actual de El Salvador y sobre la proyección inmediata de esos aspectos. Tras ellas algo puede cambiar, muy poco después de no haber conseguido ARENA la mayoría en la Asamblea. Pero, aun en el caso contrario, los cambios no hubieran sido muy profundos, porque no está en la asamblea la clave del poder y porque 1988 es un año de toma de posiciones tácticas más que de decisiones estratégicas. Pero no por ello carece de interés el interpretar lo ocurrido, que va más allá de los resultados electorales. Una correcta interpretación puede corregir otras interpretaciones conducentes a políticas equivocadas y puede delimitar situaciones y tendencias, muy dignas de tenerse en cuenta a la hora de tomar decisiones políticas. Lo haremos mediante la formulación de tesis, que trataremos de explicar y probar en la medida de lo posible.

- 1. Las elecciones de 1988 son un paso más en el proceso de la nueva legalidad y legitimidad iniciado con la constitución de 1983.**

Con este proceso se trata de deslegitimar la lucha armada y la insurrección popular como modos de acceso al poder y de legitimar la guerra y la ayuda de Estados Unidos contra aquellos que no respetan al proceso democrático y luchan contra el poder democráticamente elegido. Cada evento electoral es leído como consolidación del proceso democrático y como repudio del movimiento revolucionario. Lo que interesa a los defen-

sores del proyecto dominante es consolidar y legitimar el proceso mismo como prueba de que es en sí mismo un proceso democrático, que lleva cada vez más a un mayor grado de democratización. Para ello se ha hecho un gran esfuerzo con el empadronamiento, el registro electoral, el carnet electoral, el código electoral y el Consejo Central de Elecciones. Se está posibilitando y facilitando la participación en el proceso de todos los partidos, incluidos el MNR, el MPSC y aun se pretende que lo haga el PC y aun el propio FMLN. Se juega además con la posibilidad de alternar en el poder y con ello se pretende demostrar que se respetará la voluntad popular y que no se dará fraude oficialista. Las elecciones serían completamente libres y el respeto de sus resultados estaría asegurado.

Tanto nacional como internacionalmente se va vendiendo cada vez mejor esta imagen. Las apariencias están a favor de ella y no son muchos quienes intentan ir más allá de las apariencias. Desde este punto de vista esa imagen quedó fortalecida por el comportamiento del FMLN con el proceso electoral. El pueblo habría ido a votar masivamente a pesar del clima de terror sembrado en días anteriores por una serie grave de acciones terroristas. El FMLN habría aparecido no sólo como contrario a estas elecciones, sino como un grupo incapaz de convencer o de contrarrestar el influjo ideológico de sus oponentes, que se ve obligado a recurrir a la fuerza para hacer cumplir sus propósitos. Al no haberlo logrado ni siquiera con el uso de la fuerza de un modo significativo y llamativo, resulta fortalecido el proceso mismo.

Es claro que todo esto se consolidará aún más cuando participe electoralmente Convergencia Democrática. Ya su participación en el proceso político está siendo usada como una prueba de apertura democrática. Pero su posible participación futura en los procesos electorales mismos, pondrá en aprieto la estrategia del FMLN y podrá ser utilizada como legitimación casi definitiva del proceso electoral, como el medio adecuado para alcanzar el poder y llevar adelante el proyecto político propio. La no participación en las elecciones de 1988 de Convergencia Democrática, "por no darse las condiciones requeridas," posterga la respuesta definitiva, pero remite, en un plazo muy corto, casi insoslayablemente, a tomar partido en una cuestión muy delicada en la confrontación del proyecto contrainsurgente con el proyecto revolucionario. No es que deje de haber salidas y precedentes históricos en otros países a este tipo de situaciones, pero ello no obsta a que se necesiten nuevos planteamientos, capaces de contrarrestar

**Por múltiples razones en 1988
ha quedado sin votar una gran parte de la población.**

y, o aprovechar el intento de consolidar la vía electoral como expresión fundamental de la democracia y la democracia así entendida como el modelo más adecuado para resolver los problemas nacionales.

2. Las elecciones de 1988 han mostrado que en los procesos electorales se pone en disputa una cuota de poder, que interesa mucho no sólo a los partidos políticos sino a algunas fuerzas sociales.

No es cierto que las elecciones no tengan significado real distinto del de proporcionar legitimación al proyecto contrainsurgente, de modo que sólo el preocupado por esto se ocupe de aquéllas. Las elecciones para diputados pueden dar un mayor o menor poder en la asamblea, en cuyas manos están unas u otras leyes, el control del presupuesto, la constitución de la cúpula del poder judicial, la constitución del Consejo Central de Elecciones, la Corte de Cuentas, etc. Las elecciones para alcaldes dan un control importante sobre amplios sectores sociales y constituyen una buena base de apoyo para el fortalecimiento de los partidos. Las elecciones presidenciales dan un cierto poder sobre la administración de la cosa pública, de cuantiosos recursos, de medidas coyunturales importantes. Ciertamente las elecciones no dan a cada uno de los poderes el ejercer con autoridad y eficacia las funciones que la constitución les atribuye, pero no por ello se debe minimizar lo que de hecho proporcionan. De ahí que los partidos políticos se afanen y consuman cuantiosos recursos para instalarse en los lugares, cuyo acceso sólo es posible por las elecciones.

Es más importante subrayar el interés del gran capital y de la empresa privada porque sus representantes alcancen la mayoría en la asamblea y en los municipios. La empresa privada, hegemonizada por el gran capital y conducida por ANEP y sus similares, ha visto como fundamental el ganar las elecciones para consolidar sus intereses de clases. Ya era evidente y lo es más tras las elecciones de 1988 que el gran capital ve al PDC y aun a una parte del proyecto contrainsurgente como enemigos principales a los que hay que sacar del poder. Entre otras cosas el proyecto político-económico del PDC es estimado ruinoso para la empresa privada y también le parece peligrosa su política de contención de los militares derechistas y su posible aproximación al FDR-FMLN. La empresa privada no ve como su enemigo inmediato más peligroso al FMLN, mucho menos al FDR, sino al PDC. Miradas las cosas positivamente, la empresa privada quiere recuperar, a través de su partido, el poder político para

impulsar directamente sus propios intereses. Si logra el poder político de la asamblea y del ejecutivo podrá darse un marco económico legal y operativo que favorezca su crecimiento y su peso en la sociedad, podrá reconstruir la alianza capital-Fuerza Armada, la cual se ha resquebrajado desde el golpe de 1979 y podrá aprovechar para sí la ayuda copiosa que Estados Unidos seguirá dando al país. Para conseguir todo ello tendrá que moderar algunas de sus tácticas, pero no ve en ello ningún despropósito ni ve dificultad en acomodarse a las exigencias del proyecto contrainsurgente.

3. En las condiciones actuales las elecciones no expresan de modo adecuado la voluntad popular.

Puede reconocerse que para una parte importante, cuantitativa y cualitativamente, las elecciones son un modo de participación y de expresión. Hay una cierta tradición electoral en El Salvador, que puede irse reforzando con la alternabilidad en el poder; al menos, las elecciones sirven para cambiar a los gobernantes. El que en un espacio de tiempo relativamente corto y sin experiencia previa se haya logrado que 1.600.000 salvadoreños hayan sacado su carnet electoral, cualesquiera sean las restas ideológicas que se quiera dar de este hecho, supone un dato significativo. El que la votación sólo para diputados y alcaldes, la cual suele ser menor que la votación para presidente, esté en torno al millón de participantes, no es ni mucho menos una cifra despreciable. El que haya corrimiento notable de votos de un partido a otro implica una cierta seriedad por parte de los votantes, quienes no reiteran mecánicamente su voto de siempre. Ignorar estos hechos o minusvalorarlos no conduce a nada o, lo que es peor, conduce a tomar decisiones equivocadas. A una gran parte de la población salvadoreña no sólo no se la ha convencido de que las elecciones no sirven para nada sino que, al contrario, sigue estando convencida de que sirven para mucho. Si esto supone madurez o inmadurez ciudadana es cuestión que puede discutirse, no desde prejuicios dogmáticos, sino a partir de verificaciones empíricas.

Sin embargo, también ha de constatarse con igual firmeza que otra parte importante, cuantitativa y cualitativamente, no asimila el mensaje electoral o positivamente lo rechaza. Ciertamente sería ingenuo pensar —o lo que es peor, interesado y equivocado— que todos los no votantes e incluso los votos nulos deben leerse como un rechazo positivo de las elecciones o de la oferta electoral. Si de los datos positivos hay que ser muy cauto al sacar conclusiones, mucho más en el caso de los datos negativos. Aún así, puede decirse que ha habido menos votos válidos en 1988 que en las elecciones

similares de 1985, cuando ha de suponerse que la población que en esos tres años ha alcanzado los 18 años debe de superar a la de los fallecidos o emigrados. Sobre el 1.600.000 que en los meses anteriores había sacado su carnet electoral sólo pudo contabilizarse un escaso 60 por ciento de votos válidos. Sobre el presumible universo de votantes, los votos válidos no habrían superado el 43 por ciento (hablar de tres millones de votantes posibles no tiene justificación). Se trata, por tanto, de un número importante de no votantes. Atribuir este número a la presión del FMLN para no votar es injustificado por dos razones al menos: primera, porque esa presión no se había dado a la hora de conseguir el carnet electoral; segunda, porque encuestas hechas antes de que se declarara el boicot mostraban un sólido 25 por ciento al que no satisfacía partido alguno y otro 30 por ciento de indecisos. Sumadas estas dos cantidades tendríamos aproximadamente lo que falta para completar el 100 por ciento con el 43 por ciento que hemos estimado como la proporción de votantes, que ejerció su derecho el 20 de marzo. No es necesario insistir mucho en la posible exactitud de estas cifras para concluir razonablemente que por múltiples razones en 1988 ha quedado sin votar una gran parte de la población. Este hecho obedece a múltiples razones que pueden ir desde el apoliticismo de quienes no han sido todavía interesados por el proceso o se han desanimado de él, hasta un desarrollo político crítico, que ve en el proceso electoral más desventajas que ventajas. Como hecho permite



poner sordina a quienes en general hacen de las elecciones la forma fundamental de manifestación para cualquier tipo de población en cualquier tipo de desarrollo, para quienes ven en las elecciones de 1988 una manifestación heroica de la voluntad popular y también para quienes quieren ver en esta ausencia de votantes un apoyo explícito a la causa revolucionaria.

4. Tampoco las elecciones de 1988 representan un paso significativo en el proceso democratizador y, menos aún, en el proceso de pacificación.

No todo es negativo en las elecciones de 1988, pero sería especialmente negativo pensar que con ellas queda más legitimado el status quo. Ya el mero hecho de que en ella se rechace fuertemente la gestión del sector gobernante debe poner sobre aviso a quienes se sienten satisfechos con lo ya logrado. El descontento por la situación de la economía y por la prolongación de la guerra se ha manifestado con fuerza. Pero en el fondo este doble descontento apunta a raíces más profundas, al entramado mismo del proyecto norteamericano de contrainsurgencia, incapaz de terminar con la guerra razonablemente e incapaz de resolver las necesidades de las mayorías populares. Por eso de éstas, como de las anteriores elecciones, no puede deducirse ni que la mayor parte de la población está en favor del proyecto norteamericano y en contra del FMLN, ni que está en favor del FMLN y en contra del proyecto contrainsurgente. Ninguna de ambas posturas queda legitimada por estas elecciones, pues si unos pueden apelar a los votantes, los otros pueden hacerlo a los no votantes o a los votos nulos. Se han dado algunos pasos en favor de procesos electorales más abiertos y con mayores posibilidades, pero esto de por sí no trae consigo la democratización profunda que exige Esquipulas II ni tampoco representa un avance en el proceso de pacificación exigido tanto por la realidad como por los acuerdos firmados en Guatemala y Costa Rica. Este doble problema no se trató a fondo en la campaña electoral porque su solución no está en manos de los partidos contendientes, porque su planteamiento suponía una definición que no se quiere afrontar y porque lo que más interesaba era aumentar o no perder la cuota de poder más que enfrentar los grandes problemas nacionales.

Sin embargo, el proceso electoral va introduciendo dinámi-

**El juego electoral va abriendo nuevas brechas.
Se abren espacios políticos de discusión,
concientización y movilización.**

cas nuevas que pueden llevar a ensanchar y tal vez a romper los marcos dominantes. Se reconoce implícitamente que los factores principales del poder son Estados Unidos, la Fuerza Armada, el capital y el FMLN, pero el juego electoral va abriendo nuevas brechas. Se abren espacios políticos de discusión, concientización y movilización para distintos sectores de modo que la población se va activando políticamente, no obstante los engaños momentáneos a los que pueda verse sometida. Se posibilitan votos de castigo contra la corrupción y la ineptitud, lo cual va a obligar a los gobernantes a tener más en cuenta la voluntad popular. Se ha logrado que ARENA deje algunos de sus extremismos tanto teóricos como prácticos, autocensurando implícitamente su práctica y su discurso pasados para no ser repudiado por la mayoría de la población. Incluso el uso de lenguaje democrático por parte de sectores antidemocráticos va tejiendo una red tupida de la cual no va a ser fácil desembarazarse, al quedar encasillada la propia realidad en el marco de la imagen prefabricada.

La identificación de proceso electoral con proceso democrático sigue siendo un grave peligro sin caer en la cuenta de que cuanto menos poder se ponga en juego en las elecciones tanto más fácil será respetar sus mecanismos legales. Conocer y respetar las reglas del juego no implica que se sepa jugarlo ni que se pueda triunfar en él. Por eso puede esperarse que las elecciones de 1988 conduzcan a unas elecciones mejores en 1989, pero no puede esperarse que el año intercalado entre ellas sirva para democratizar al país y mucho menos para pacificarlo. No estaba eso en juego. Lo que estaba en juego era tomar posiciones para capturar una nueva cuota de poder el año próximo, un poder parcial e hipotecado.

5. La interpretación de los resultados de las elecciones de 1988 no puede ser simplista por minusvaloración de algunos aspectos y supervaloración de otros.

Las distintas fuerzas políticas y sociales han interpretado los últimos comicios cada una a su manera, no sólo desde su propio punto de vista parcial, sino desde sus intereses partidistas de cara al futuro. Es conveniente recoger un resumen de esas interpretaciones para después intentar una más global y objetiva.

5.1. Cada una de las fuerzas políticas y sociales ha dado su interpretación global a partir de privilegiar un aspecto determinado, perdiéndose con ello la posibilidad de alcanzar una totalidad objetiva.

Estados Unidos ha subrayado la madurez democrática del

proceso y con ello la consolidación del mismo. La participación masiva y valiente del pueblo salvadoreño frente a la amenaza y el boicot del FMLN muestra la voluntad democrática del pueblo salvadoreño y su madurez cívica. El pueblo habría mostrado su voluntad de resolver en las urnas el problema nacional y habría dado un repudio firme a las posiciones del FMLN. Por otra parte, el triunfo de ARENA demostraría cómo es posible a través de las urnas alcanzar el poder sin tener que recurrir a medidas de fuerza; asimismo se estaría dando en El Salvador un caso de alternabilidad en el poder, como muestra suprema de la solidez del proceso democrático. La derrota del PDC puede ser conveniente para que se cumpla una reforma profunda de ese partido, de modo que se prepare debidamente para no perder las elecciones presidenciales. La embajada americana habría visto con buenos ojos la condena implícita de la corrupción, por lo que ella pudiera significar de cambio en la dirección del partido y en mayor eficacia del gobierno. Pero si las próximas elecciones supusieran el triunfo presidencial de ARENA como partido de una derecha moderada, que no retirara las reformas ni regresara a prácticas pasadas, Estados Unidos no tendría dificultad en acomodarse a la nueva situación.

El presidente Duarte ha aceptado públicamente la derrota de su partido, pero ha estimado como un triunfo personal el éxito de las elecciones, el carácter democrático de su mandato y la derrota en las urnas del FMLN. No habría habido fraude oficialista y él mismo se habría mantenido escrupulosamente fuera de la lucha electoral, no obstante que en ella se jugaba el prestigio político de su hijo. Las oportunidades han sido iguales para todos. Con ello se está consiguiendo una mayor consolidación de la democracia aun en circunstancias muy difíciles de guerra. Ha ofrecido toda su colaboración a la asamblea y a los municipios en manos de ARENA. No ha aceptado que la votación signifique un repudio a su gobierno o a su persona, atribuyendo la derrota a la mala comprensión de las medidas económicas y políticas que se ha visto forzado a tomar. En definitiva las elecciones de 1988 han supuesto un gran triunfo del pueblo salvadoreño y del proceso democrático que él, como presidente, impulsa. Su mayor contribución a la historia política del país será la consolidación del proceso democrático.

La Fuerza Armada se ha mostrado apolítica y no partidista, a pesar de la presión de ARENA y de ANEP y de toda la derecha, que reclamaron su intervención activa en el momento del escrutinio. No ha habido acusaciones serias ni pruebas de que la Fuerza Armada haya favorecido a partido alguno ni antes de, ni durante, ni después de las elecciones.



Ella misma se ha mostrado satisfecha de la protección que dio al proceso electoral como prueba de su preocupación por la democracia. No ha interpretado en público el significado de las elecciones en lo que éstas tienen de partidistas: si favorecen o no las reformas, si favorecen o no la guerra de baja intensidad, etc. Se ha quedado en afirmar que las elecciones muestran la voluntad popular, la cual debe ser respetada y que el proceso democrático ha quedado fortalecido. Indirecta e implícitamente se han dado hechos y aun expresiones que muestran cierto contentamiento por el triunfo de ARENA, considerado como un partido más afecto a la Fuerza Armada que el PDC.

El PDC ha tenido reacciones dispares con el denominador común de que las elecciones de 1988 han supuesto para el partido un duro revés político, más allá de lo que se podía haber esperado. El partido se ufana de su comportamiento democrático como partido en el poder que no ha hecho fraude ni siquiera se ha aprovechado de las ventajas gubernamentales para facilitar la votación de los suyos. La democracia cristiana internacional, que se hizo presente el día de las elecciones, se sintió en un primer momento abrumada por la magnitud del fracaso, atribuyéndolo a la dirección del partido, a su división interna y a las acusaciones de corrupción; ve en serio peligro el triunfo en las presidenciales por lo que reclama cambios importantes en la conducción del partido y medidas llamativas en el último año del presidente Duarte; un nuevo fracaso en las presidenciales repercutiría muy gravemente en los otros partidos demócratas del área centroamericana y especialmente en el gobierno de Vinicio Cerezo, pues supondría un fracaso del modelo democrata-cristiano.

El sector reyprendista ha tratado de minimizar el significado político de la derrota y de conseguir que la responsabilidad no caiga sobre la dirección actual del partido;

ante todo, ha peleado porque ARENA no consiga la mayoría absoluta en la asamblea y, mucho menos, la cuota de 33 diputadós, que hasta ahora tiene el PDC, con lo cual se demostraría que el triunfo de los arenistas en 1988 no se iguala al triunfo de los democristianos en 1985; ha querido resaltar además su espíritu democrático al reconocer el triunfo relativo de ARENA y felicitar a sus adversarios; considera finalmente que, dadas las circunstancias, la derrota no ha sido tan grande y que, sobre todo, es recuperable sin grandes cambios: si se ha perdido ha sido más por el desgaste de estar en el poder, por la mala organización en el empadronamiento, en la entrega del carnet electoral, en el control de las masas y aun en la campaña misma; a ellos les afectó especialmente el problema del boicot del transporte decretado por el FMLN; corregidos los defectos es posible el triunfo en 1989, como triunfaron en 1984 después de la derrota de 1982; incluso algunos departamentos donde los candidatos eran reiprendistas tuvieron mejores resultados que otros departamentos donde los candidatos eran chávistas.

El sector chavista, en cambio, señala y subraya la gravedad de la derrota y la necesidad de cambios importantes en la dirección del partido, si no se quiere fracasar definitivamente en 1989: no se ha respetado a las bases del partido y éstas, en consecuencia, no han respondido; la imagen del partido ha sido dañada por la corrupción y la incompetencia de sus miembros; sin embargo, no todo está perdido para las presidenciales de 1989 y están dispuestos a presentarse a ellas con la candidatura de Chávez Mena, aunque esto requiera hacer cambios sustanciales sin pérdida de tiempo.

ARENA considera que las elecciones representan un triunfo claro y aplastante de sus posiciones así como la derrota asimismo clara y aplastante de sus contrarios, especialmente del gobierno y del PDC. Se ha dado un claro voto de castigo no sólo a la ineficacia y corrupción del gobierno y del PDC, sino también a su ideología comunitarista por lo que tiene de socializante y estatizante. Correlativamente se ha dado un voto de apoyo a la ideología y a los hombres de ARENA: es necesario relanzar la libertad económica y la iniciativa privada, es necesario recuperar el nacionalismo de la Fuerza Armada y de la conducción política, de modo que la guerra pueda ser llevada de modo más efectivo así como también las directrices económicas venidas de Estados Unidos.

La recuperación democrática del partido ha sido clara con una nueva imagen, que no ha podido ser enlodada ni siquiera por la propaganda feroz del PDC que los relacionó con los

Lo que estaba en juego era tomar posiciones para capturar una nueva cuota de poder el año próximo.

secuestros y asesinatos del pasado y que atacó directamente a algunos de sus personeros más notables. Ha sido también un triunfo del pueblo salvadoreño, que valientemente ha superado los miedos y se ha decidido por la vía democrática contra el estilo y las presiones del FMLN: el pueblo quiere que se siga la vía de la constitución y del voto para alcanzar el poder y no acepta la vía de las armas ni tampoco la de la negociación como acceso al poder al margen de las elecciones. Las elecciones de 1988, en consecuencia, demuestran que ARENA ha elegido el buen camino para alcanzar el poder y lograr vencer en las presidenciales. Su imagen de efectividad, moderación y legalidad ha podido sobreponerse a la de oligárquica, extremista y violenta que le han querido imputar sus adversarios. El pueblo quiere un cambio y confía en el cambio que le ofrece ARENA con los hombres concretos que ha presentado donde se aunan el carisma de D'Aubuisson con la moderación de Cristiani y Calderón Sol. No ha dado la impresión de ser un partido roto por tendencias opuestas, sino un partido unido en el cual sin rupturas ha superado el antiguo estilo extremista por uno más moderado. La estrategia adoptada ha tenido éxito y por ello no es hora de cambiar la estrategia triunfadora, mezclándola con prácticas pasadas más violentas.

El PCN considera que ha pasado una prueba difícil, tras la cual se ha consolidado como un tercer partido, que puede dar o quitar la mayoría. Su giro hacia una ideología socialdemócrata centrista no le ha disminuido en términos absolutos su base electoral, pues si en 1985 tuvo el 8.36 por ciento de los votos válidos, en esta ocasión tuvo el 8.39 por ciento. El haberse mantenido en difíciles circunstancias de polarización y de cambio de su base electoral debe considerarse como un éxito. Por otro lado, el haber alcanzado 7 diputados por méritos propios, rota ya la alianza con ARENA, lo sitúa con un gran peso político en la asamblea. Frente a los agoreros de su acabamiento debe hablarse de una recuperación del partido. Su nueva estrategia ideológica y electoral le ha hecho sacar el máximo provecho del número de sus votantes. Cuando todos los demás partidos, especialmente PAISA, Liberación y Acción Democrática, se han quedado sin representación parlamentaria, el PCN ha conseguido un número notable de diputados. Desde este punto de vista se sitúa en una posición privilegiada de tercer partido a larga distancia de todos los demás.

Convergencia Democrática ha desautorizado las elecciones

de 1988 como posibilidad de democratización. Su no participación en las mismas ha restado legitimidad internacional al proceso electoral. Según la alianza no se daban condiciones para la participación de la izquierda moderada. Su mensaje y su actitud habrían arrastrado a una cierta parte de la población a no votar o a anular el voto. Dado el número de no votantes o de votantes nulos puede pensarse que su decisión ha sido acertada. Ha subrayado lo que la derrota del PDC tiene de derrota del proyecto contrainsurgente. Ha fracasado el modo actual de buscar la democratización y la pacificación, tal como ha sido llevado por el PDC, el cual se encuentra ante una decisión difícil de cambio de rumbo, para el que le quedan muy pocas posibilidades y muy poco tiempo. No ha subrayado, sin embargo, los peligros que pueden venir del triunfo de ARENA, por cuanto este partido no ha presentado una imagen extremista dirigida contra Convergencia Democrática ni siquiera contra el FDR-FMLN. Los resultados indicarían que hay un sector amplio de votantes potenciales a su favor, con lo cual la decisión de participar en las próximas elecciones puede ser positiva. De todos modos no se desprestigia el sistema electoral como tal y se deja abierta la participación en el mismo.

ANEP en representación de toda la empresa privada consideró como propio el triunfo de ARENA. Ante todo presionó para que la elección fuera masiva en orden a probar con ella el rechazo popular al FMLN y a las vías violentas de alcanzar el poder. Ante los resultados obtenidos por ARENA y ante la impresión de una elección masiva habló de un triunfo del pueblo salvadoreño, en el cual específicamente se rechazaba la política del gobierno de Duarte y de su partido y se apoyaba la política de libre empresa propiciada por ANEP. Frente a los problemas suscitados en el escrutinio, que quitaban a ARENA la necesaria mayoría en la asamblea para legislar en favor de la empresa privada, ANEP se quitó toda máscara y aun toda moderación para mostrarse como la fuerza real que sostiene a ARENA: le habían dado todo el apoyo económico y empresarial necesario; por ello, ante la posibilidad de perder la mayoría, amenazó con un paro empresarial, hizo reiteradas proclamas en los periódicos y apeló a la Fuerza Armada y al presidente Duarte para que hicieran cambiar el rumbo del escrutinio. Con todo ello su exaltación de los primeros momentos quedó un tanto reducida y finalmente no recurrió a medidas de fuerza, contentándose, junto con ARENA, con acudir a medidas legales.

El FMLN, por su parte, consideró que su política frente al proceso electoral había sido acertada y que las elecciones mismas habían traído claras ventajas a su estrategia. En su

opinión hizo sentir que hay dos poderes reales en El Salvador mediante el recrudecimiento del sabotaje a la energía, el recurso a las bombas y la implantación del boicot al transporte, todo lo cual fue muy efectivo y se hizo sentir a gran parte de la población; obligó asimismo a la mayor parte de la Fuerza Armada a dedicarse a apoyar el proceso electoral. En su apreciación, este conjunto de medidas contra el proceso electoral contó con el consentimiento de una gran parte de la población, de modo que el abstencionismo se debió en gran parte a la propaganda y a la presión impulsadas por él mismo; pero este abstencionismo no es tanto resultado del miedo a las acciones del FMLN, sino de la aceptación de la población de los dictados del movimiento guerrillero.

Incluso las elecciones mismas supusieron un triunfo del pueblo y una derrota del proceso contrainsurgente. La derrota del PDC y del gobierno de Duarte, quien es visto como el enemigo principal inmediato del FMLN, en cuanto es la justificación política del proyecto contrainsurgente norteamericano, se considera favorable para los intereses y la estrategia del FMLN. Más aún el cambio de voto que se dio en marzo de 1988 supone que el pueblo percibe como fracasado el proyecto contrainsurgente. Por ello, los resultados no han de verse como una derechización del electorado sino, más bien, como un voto de castigo conjunto a la política de Estados Unidos y a la política del presidente Duarte.

Finalmente las elecciones han llevado a una mayor polarización entre las distintas fuerzas del país y esto desestabilizará aún más el gobierno de Duarte, el cual quedará más y más debilitado en su estrategia contra el FMLN. Con una asamblea hostil le será más difícil el gobierno al órgano ejecutivo. Por otro lado, se acrecentará la pugna entre los dos partidos principales tanto en la asamblea como fuera de ella, surgirán nuevas tensiones en la Fuerza Armada entre sec-



tores más derechistas y sectores pronorteamericanos. Con todo ello, tanto el gobierno como Estados Unidos tendrán que afrontar una situación cada vez más difícil. Se presenta así un año propicio para el avance del movimiento revolucionario tanto en sus acciones militares como en sus acciones de insurrección. Se multiplicarán las tensiones y contradicciones y con ello quedará liberada una menor energía para resistir los ataques en todos los campos del FMLN.

El movimiento sindical, que apareció dividido antes de las elecciones entre favorecedores y contradictores de las mismas, apenas reaccionó ante los resultados. La UNTS trató de mostrar que el número de votantes había sido escasísimo y que de ese número los votos válidos a favor de ARENA, habían sido prácticamente insignificantes. Rechazó, en consecuencia, la vía electoral como el camino efectivo para encontrar solución al conflicto salvadoreño, solución que debe ir por un gobierno de consenso nacional logrado en la negociación y no en unas urnas que no son democráticas, porque la situación del país no lo es. Los sectores laborales que habían impulsado la participación no se sintieron demasiado satisfechos con los resultados.

La Iglesia no mostró mucho entusiasmo por el proceso electoral ni antes ni después de los comicios. No hubo comunicado conjunto de la CEDES, como lo ha habido en otras ocasiones. Los obispos de la arquidiócesis recomendaron la participación, pero sin mucha insistencia ni gran confianza en los resultados, aunque mostraron su desaprobación frente a las medidas intimidatorias del FMLN. Las elecciones no son algo decisivo, ni siquiera son los más importante en el proceso democrático, pero sí algo necesario, que favorece la democratización del país. La campaña electoral fue considerada como de poca altura política y no favorecedora de un voto ilustrado. Ante el triunfo de ARENA no hubo reacciones negativas, pero sí un llamado a la responsabilidad para que no se retrocediera en las reformas estructurales y para que no se regresara a tiempos pasados.

5.2. El análisis global de los hechos, su contraste con la realidad, la atención a la complementariedad parcial de los distintos puntos de vista expuestos y el enfoque del problema desde la repercusión del proceso electoral sobre las mayorías populares, permite fundamentar ciertas posiciones, que complementan las expresadas en los numerales 1, 2, 3, 4.

a) *Las elecciones de 1988, en la cadena de los procesos electorales, han tenido una importancia significativa para el proceso de crisis que vive el país.*

Han concientizado y politizado a una buena parte de la población, han patentado un desacuerdo importante con la dirección del proceso, tal como es conducido por el ejecutivo, el legislativo y el partido dominante. Obligan a un cambio de táctica al sector gobernante y al mantenimiento de la moderación creciente del sector derechista triunfante. Ofrecen datos fundamentales para tomar posiciones durante 1988 en vista a las elecciones presidenciales de 1989 y apuntan a que es posible un recambio de la opinión pública e incluso del poder político, al menos dentro de ciertos límites.

b) El rechazo absoluto de las elecciones, sobre todo a través de medios violentos o simplemente atemorizadores, tal como lo realizó el FMLN, es una acción equivocada, aportadora de mayores males que bienes al país e incluso a la imagen del FMLN ante la población nacional y ante la opinión pública internacional.

Los bienes que se pretendían conseguir con el boicot violento, tales como la demostración del doble poder, la inviabilidad del proyecto contrainsurgente, el debilitamiento del gobierno de Duarte, se pueden trabajar con otros medios más efectivos con menores costos. El usar medios violentos para impedir o desautorizar las elecciones, dan a éstas, en primer lugar, una gran importancia, contradiciendo así el propósito de mostrar que no son importantes; en segundo lugar, vienen a probar la poca confianza que tiene el FMLN de alcanzar con su propaganda, por la vía de la convicción, a un gran número de salvadoreños; en tercer lugar, demuestra la relativa debilidad del FMLN cuando trata de imponer una línea a la población.

De hecho, no se puede argumentar fehacientemente que el boicot haya tenido efectividad notoria sobre el número de votantes ni sobre las preferencias partidistas de éstos, pues el abstencionsimo y la mayoría de ARENA venían señalados con claridad en las encuestas de opinión, antes de la actividad atemorizadora del FMLN. La inefectividad relativa del boicot ha revalorizado las posiciones de quienes sostienen que el pueblo desea votar aun en las condiciones más difíciles y ha potenciado el significado de los resultados.

Las elecciones no han quedado de ningún modo desvirtuadas en razón de la posición del FMLN y de su estrategia frente a ellas, por lo cual nadie va a quedar desanimado para

**Lo importante es un trabajo ideológico
fundado sobre la realidad de los hechos
y no sobre la presión de la fuerza.**

volver a acudir a ellas tanto como votante cuanto como candidato. Si se quiere combatir la credibilidad de las elecciones deben seguirse otros medios distintos de los utilizados ya en repetidas ocasiones por el FMLN con muy pobres resultados. Lo importante es un trabajo ideológico fundado sobre la realidad de los hechos y no sobre la presión de la fuerza, por el convencimiento de la población y no por el sometimiento de la misma. Hablar de acatamiento no deja de ser un eufemismo engañoso, que no se refleja en ninguna de las encuestas. Tampoco puede decirse que en esta ocasión haya habido una presión indebida y exagerada en favor del voto, que debiera ser contrarrestada por una presión equivalente.

c) Es infundado y engañoso sostener que las elecciones han demostrado el entusiasmo mayoritario del pueblo por los procesos electorales en sí mismos y mucho menos como modo principal para salir de la crisis.

Los votos válidos, aunque representan una proporción no despreciable de la totalidad de la población, han quedado contrarrestados en buena medida por los no emitidos y por los nulos. Ante el electorado no se debatieron proyectos para salir de la crisis, sino razones o sinrazones para cambiar. La propaganda de los partidos no iba dirigida a que se expresara la voluntad popular debidamente iluminada, sino a captar votos y, o impedir el voto adversario. Hablar de hazañas épicas, de superación de dificultades gravísimas, de pueblo-heroico-que-fue-a-las-urnas-sin-importarle-los-peligros-aun-de-muerte, etc., es una exageración retórica. Los que no quisieron reconocer esta misma voluntad popular en 1984 y 1985, porque entonces perdieron ellos o sus favoritos, son hoy quienes más proclaman el triunfo del pueblo.

d) El resultado de las elecciones no significa el rechazo popular del proyecto contrainsurgente norteamericano ni tampoco su apoyo.

El pueblo no ha votado por distintos proyectos, sino por diferentes gestiones de un mismo proyecto fundamental, aunque con modalidades distintas. El proyecto dominante es fundamentalmente el mismo desde 1980 hasta 1988, aunque hay una fuerte inflexión en cuanto al terrorismo de Estado y de los escuadrones derechistas de la muerte a partir de 1982. Este proyecto único fue gestionado por el PDC entre 1980 y 1982, pero la democracia cristiana perdió el poder en las elecciones de 1982; fue gestionado por la derecha de 1982 a 1984 y la derecha fue derrotada en las elecciones de 1984 y 1985; volvió a ser gestionado por Duarte y el PDC y en las elecciones de 1988 fue derrotado por sus adversarios areneros. Parecería

con todo esto que el pueblo está conforme con el proyecto y disconforme tan sólo con la distintas gestiones del mismo, pero esta conformidad es puramente negativa y pasiva. Lo que sucede es que todavía no ha llegado a la convicción de que es el proyecto lo que está fundamentalmente mal y no sólo los gestores, quienes vienen siendo los mismos desde 1980 hasta hoy.

Con todo, tal vez pueda inferirse que una buena parte de los votantes está indirectamente con el proyecto actual sea en su vertiente arenera sea en su vertiente demócrata cristiana, pero el amplio número de los votos nulos y de las abstenciones puede permitir también la inferencia de que son muchos los que no creen ni en el actual tipo de elecciones ni en el proyecto general en el cual se enmarcan. El hecho es que todavía no se le ha planteado a la población, en igualdad de oportunidades, el razonamiento favorable al proyecto contrainsurgente y el razonamiento opuesto a él. Por lo tanto, se pueden sacar inferencias, pero es difícil acercarse a la realidad misma y sobre todo a las potencialidades de cambio de esa realidad.

e) El desplazamiento del voto popular del PDC hacia ARENA tiene su explicación sobre todo como voto de castigo a la gestión gubernamental y partidaria del PDC, pero también como voto de apoyo a una nueva conducción.

Prácticamente en todo el país y de forma muy significativa el PDC ha sido derrotado incluso en lugares donde se suponía había sólidos reductos demócratacristianos, teniendo muy



especial significado la pérdida de la alcaldía de San Salvador, su relación de votos con ARENA en este departamento crucial, la derrota de la dinastía Duarte, demostrándose así la enorme decepción y aun el rechazo de la línea actual de gobierno. Las razones de este voto de castigo pueden ser múltiples, pero el hecho es incontestable. Una gran parte de la población, no obstante los peligros que pueden venir de un predominio de ARENA, ha preferido quitarle los votos al PDC y dárselos a ARENA. Este cambio de votos por lo menos asciende a 200.000 aproximadamente, mientras que el PDC sólo ha conservado poco más de 325.000 respecto de los obtenidos en 1985. Esto indica que hay una base democratacristiana bastante consolidada, pero incapaz de por sí para conseguir una mayoría y que hay asimismo un conjunto importante de votos, que lo mismo puede ir a ARENA que al PDC por razones de utilidad más que por razones ideológicas. Las razones del desplazamiento son múltiples y acumulativas: ineficacia del gobierno de Duarte frente a los dos grandes problemas nacionales, el económico y el de la guerra; impresión generalizada de corrupción e incompetencia respecto de muchos miembros del partido en el gobierno, en la asamblea y en los municipios; fuertes divisiones internas y desprestigio de la democracia interna del partido y de la argolla dirigente, atribución de los males del país al equipo gobernante.

El que los votos se hayan desplazado hacia ARENA y no hacia otros partidos —sólo Liberación habría captado algunos de ellos— indica cierta expectativa por los cambios prometidos. Es difícil medir la derechización que esto pueda suponer, primero porque todavía es pronto para saber si esos votos se van a consolidar en torno a ARENA en sucesivas elecciones y, segundo, porque la preferencia puede deberse más a la eficacia prometida en la solución de los problemas que al estilo de solución propuesto para los mismos. Por otro



lado, el mensaje propagandístico de ARENA se centró ciertamente sobre la eficacia de la iniciativa privada y sobre la ineficacia de la administración estatal de la economía, pero no acentuó la idea de poner freno a las reformas o de intentar prescindir de los cambios estructurales. Se tratará más de complementar el sector reformado con el sector privado. Tampoco se insistió en la necesidad del endurecimiento de la guerra ni, menos aún, en formas nuevas de represión. Si, por tanto, quiere hablarse de derechización habrá de reconocerse que ARENA habría intentado mostrar que ha abandonado previamente sus extremismos derechistas.

Al ser las elecciones de 1988 legislativas y municipales, no presidenciales, es prematuro sacar consecuencia sobre lo que estas elecciones tengan de cambio consolidado de opinión o sobre lo que tengan meramente de aviso correctivo para el gobierno y para el PDC. Tenemos, por ejemplo, que la suma de los votos del PDC y del PCN casi iguala la obtenida por ARENA, que, sin embargo, podría ser favorecida por otros 55.000 votos de PAISA y Liberación. De todos modos con 500.000 votos no se ganan unas elecciones presidenciales.

f) Hay suficientes indicios para pensar que la propuesta de un proyecto nuevo por parte de partidos políticos nuevos, tal como puede ser el caso de Convergencia Democrática, podría a medio plazo atraer un buen número de votos, que darían un cierto peso definitorio a esa coalición.

El PCN no ha podido captar esta vez ni el voto de castigo ni el voto de las esperadas abstenciones. De ahí que el número importante de votos nulos y de abstenciones activas que se aproxima al 20 por ciento de la votación total, más el número de votantes potenciales no empadronados ofrecen campo abonado para una nueva oferta. Puede considerarse que más de un millón de salvadoreños en capacidad de votar no han votado por ninguno de los partidos. Es difícil pensar que ese millón votará válidamente en las elecciones presidenciales de 1989 y sería también injustificado pensar que la mayor parte de ese millón esté en disposición de votar por Convergencia Democrática. En contrapartida es dado pensar que algunos de los votos dados en la actualidad a otros partidos podrían ser recogidos por la nueva formación. La razón es que la presencia de Convergencia Democrática representa un proyecto alternativo, que, lejos de legitimar el proyecto contrainsurgente, podría contradecirlo, de modo que las elecciones podrían convertirse en un frente político nuevo para hacerle presente a la población una alternativa de paz que hoy no tiene. Si Convergencia Democrática vence la resistencia del FMLN a los procesos electorales y si trabaja eficazmente en

La cultura del fraude no ha sido todavía superada.

estos próximos doce meses, no es pensable que se convierta en la primera fuerza política, ni siquiera en la segunda, pero estaría disputando un tercer puesto, que puede ser absolutamente decisivo en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales. Independientemente de esto, podría conseguir una nueva concientización de la población, lo cual cambiaría de forma significativa el mapa político del país.

g) Los múltiples vaivenes en torno al escrutinio así como toda la campaña electoral muestran que los partidos no han superado todavía la tentación del fraude.

Las acusaciones de fraude o de intento de fraude han sido constantes. Se implantó, a iniciativa del PCN, todo un nuevo código electoral, que trataba de impedir las prácticas fraudulentas usuales en los comicios salvadoreños; se dieron fuertes discusiones sobre el funcionamiento del Consejo Central de Elecciones para impedir que un partido se impusiera sobre los demás; menudearon las acusaciones respecto a la expedición de carnets electorales irregulares; se procuró el máximo de vigilancia en las mesas para que ningún partido trampeará, cosa que no se logró; se comprobaron fraudes efectivos en el llenado de las urnas, en el conteo de los votos y en la redacción de las actas; se acusó, finalmente, de manifiesto fraude en el escrutinio, incidiendo ello de forma decisiva para que ARENA tenga o no mayoría absoluta en la asamblea. Todo esto prueba la desconfianza mutua de los partidos antes, en y después de las elecciones. El supuesto común es que se iba a hacer fraude allí donde el descuido de los demás lo permitiera. De todo esto se puede concluir no tanto que las elecciones fueran fundamentalmente fraudulentas, pero sí que tienen un margen, difícilmente delimitable, de fraude y que la cultura del fraude no ha sido todavía superada. No se busca la voluntad popular, sino el poder del propio partido. No es inesperado que tales cosas ocurran, pero el que ocurran muestra la gran inmadurez democrática, que todavía existe. Es justo señalar que se ha avanzado, pero es también objetivo subrayar lo mucho que falta.

h) No hay prueba alguna de que los resultados hayan sido teledirigidos desde la embajada norteamericana.

En las elecciones de 1984 y 1985 donde ARENA perdió, ese partido habló de fraude masivo o de imposición de voto por parte de la embajada de Estados Unidos. Ante su triunfo actual ha dejado de repetir esa acusación. Sin embargo, la

**No se busca la voluntad popular,
sino el poder del propio partido.**

embajada promovió y, o facilitó dos intervenciones importantes: la renovación de las acusaciones contra D'Aubuisson en relación con el asesinato de Mons. Romero y, en los días inmediatamente anteriores a los comicios, la acusación contra miembros del PDC pertenecientes a la argolla, especialmente en el caso de CONARA. Puede sacarse la impresión con ello de que la embajada pretende disminuir la fuerza del sector más extremista de ARENA y la corrección de conductas pasadas, pero también debilitar las posiciones del sector reyprendista en beneficio del sector chavista.

Aun si esto fuera cierto y objetivo, no por eso se puede concluir que el resultado ajustado "23+7 y 30" fue algo pretendido y logrado por la embajada de Estados Unidos. El número de votos totales no ha sido arreglado, pues el control sobre las urnas de los distintos partidos no lo posibilitaba en gran escala; por otro lado, el número de votos contabilizado no está en desacuerdo con el conjunto de datos ofrecidos por las encuestas y, aunque se han detectado irregularidades, éstas se deben a acciones de los partidos y no a instancias extrapartidarias. La distribución de los votos entre los partidos tampoco ha dependido de acciones extrínsecas al proceso mismo: la estrechez de los márgenes en los resultados en cuanto a la mayoría parlamentaria ha permitido algunos juegos y arreglos, pero esto ha sido posterior a los resultados y no programado de antemano. En suma, el número de votos y de urnas en disputa no permite hablar de un plan previo de manejo de los grandes números, cuya distribución aparece reflejada uniformemente en todo el país con excepciones que tienen su justificación local.

Por otra parte, el presuponer que el proyecto de la embajada era buscar un equilibrio en la asamblea no tiene justificación alguna. Una vez dados los resultados, la embajada norteamericana ha tratado de acomodarse a ellos y buscará sacar las mayores ventajas para el desarrollo de su proyecto. Pero la apelación a la embajada como a un deus ex machina responde a prejuicios y no tiene en este caso fundamento. No es asumible que el triunfo de ARENA y el equilibrio en la asamblea constituyan el marco ideal para el desempeño del gobierno de Duarte en su último año de presidencia. Lo que sí puede aceptarse es que la embajada norteamericana ha entrado en intensa actividad para que la disputa en el escrutinio no pusiera en peligro la imagen democrática y la consistencia de los pilares de su proyecto. Pensar que nada ocurre ni puede ocurrir en el país si no es proyectado por Estados Unidos es

una ingenuidad, una y otra vez desmentida por los hechos. Que éstos acaben siendo asumidos a la larga por el proyecto fundamental, no significa que nazcan desde ese proyecto o que no puedan perturbarlo de alguna manera.

i) Aunque no es del todo correcta la interpretación de que con estas elecciones y con su posible prolongación en 1989 se habría retrocedido a la situación de 1982-1984 y aun a la anterior a 1979, no faltan razones para asegurar un cierto proceso en espiral, que repite de otro modo y a otra altura lo mismo.

Se han dado cambios importantes en relación con los años anteriores a 1979. Tales son la mejora del proceso electoral, la alternabilidad en el poder, la implantación y aceptación de las reformas, una menor probabilidad de golpe militar, la posible moderación de la clase y del partido empresarial y de los métodos coactivos del poder empresarial, un mayor control sobre la violación de los derechos humanos... Todo ello en el marco del proyecto contrainsurgente norteamericano, mucho más definido y activo hoy que hace diez años.

No obstante se dan reiteraciones e incluso aparecen señales de reversibilidad. ANEP y las demás gremiales empresariales no están todavía en la misma disposición y con la misma táctica de 1976-1979, cuando FARO se puso a la cabeza de la represión, pero vuelve a tener posibilidad una similar reestructuración de alianzas. Podría volverse a dar la unión del poder político, legislativo, ejecutivo y judicial con el poder económico y tras ello va toda la maniobra de ARENA, que busca la captación total del poder. Podría volverse a dar la conexión del poder económico con el poder militar, aunque no necesariamente con la subordinación de éste como en años pasados. Así, con otra táctica menos violenta y con una cierta moderación de su capitalismo, el poder económico estaría en mejor condición para llevar adelante su estrategia principal de dar la máxima fuerza a los intereses del capital. Estaríamos con ello ante la negación de uno de los principios básicos de la democracia, como es la división de poderes, en este caso concentrado en unas pocas manos, dirigidas por las leyes del capitalismo con el peculiar modo que éste adopta en El Salvador.

En este contexto ARENA vendría a desempeñar el papel ejercido por el PCN en el período 1977-1979 y aun en el último año del coronel Molina, cuando se imposibilitó un tímido intento de transformación agraria. ARENA, como partido sucesor del PCN de entonces, volvería a estar en la posibilidad real de ser la cara política dominante, con lo cual se probaría que diez años de guerra y de reformas y de presión del FMLN

no habrían sido capaces de golpear seriamente el poder del capital representado por ARENA. Ni siquiera se habría conseguido un desplazamiento consolidado del voto popular hacia el centro-derecha. No se pueden sacar de un solo momento del proceso, como es el momento de las elecciones de 1988, consecuencias finales, tales como las acabadas de esbozar. Pero, si realmente vuelve a concentrarse el poder en manos del capital de una manera más o menos estable, después de tanto sufrimiento, tanta sangre y tanto proyecto norteamericano, lo menos que ha de decirse es que ha habido una terrible desproporción entre el sufrimiento invertido y los logros alcanzados. Ciertamente no estaríamos exactamente en la misma posición —por eso se ha hablado de espiral y no de círculo—, pero las líneas maestras serían las mismas y el futuro estaría abocado a parecidas contradicciones.

Parece con todo ello que vuelven a darse posibilidades para que la Fuerza Armada vuelva a mostrarse más favorables al proyecto del capitalismo salvadoreño que al proyecto estadounidense y, sobre todo, al proyecto del PDC. Probablemente no se subordinará al capital en los términos anteriores a 1979, pero sí habrá una mayor aproximación que la actual. Se da una coyuntura favorable para ello por las características de la "tandona," a la que toca cronológicamente el acceso a la cúpula militar. Sin embargo, la presión de la guerra no permite disfuncionalidades, al menos con la parte militar del proyecto norteamericano y de sus principales implicaciones políticas. La Fuerza Armada que había pasado de depender de la oligarquía a depender de la embajada norteamericana puede, si se consolida el triunfo de ARENA en las elecciones presidenciales de 1989, echar un paso atrás de nuevo justificándolo desde el nacionalismo.

Con las elecciones de 1988 no ha cambiado, en definitiva, nada fundamental respecto de los problemas principales del país, no obstante que el triunfo de ARENA vuelve a dar una nueva justificación y un nuevo respiro al proyecto contrain-surgente.

Si se diera un triunfo que concediera la mayoría de la asamblea a ARENA, podrían haber dado pasos y ocupado posiciones, lo cual podría ser de transcendencia relativa para los años siguientes. Sin la mayoría absoluta esto no es posible. Con todo, la posibilidad de un triunfo de la derecha en las elecciones presidenciales de 1989 condicionará toda la política de ARENA y de sus simpatizantes en 1988. Esta política va a ser en lo posible de moderación, al menos hasta que se acerquen de nuevo las próximas elecciones. Con ello la supuesta polarización de posiciones y la desestabilización del gobierno

de Duarte, no se darán. Lo que más le interesa a ARENA es preparar el acceso por la vía democrática de las elecciones al dominio del ejecutivo en 1989. Esto tiene su precio y ARENA junto con la empresa privada lo va a pagar. Es un precio de moderación. Podría hasta esperarse que la situación en la asamblea llevara a consensos; esto es todo lo contrario de lo esperado por la izquierda.

Pero nada de esto trae soluciones al país. Todo ello se mueve en el plano superestructural de lo político sin tocar los problemas reales. El problema de la pacificación a través del diálogo y de la negociación volverá a quedar en segundo plano. Duarte y el PDC no están en condiciones de relanzarlo, seguros de que ello les llevaría a un ulterior debilitamiento. Muy poco margen de acción les queda a los democratacristianos tanto por el poco tiempo con el que cuentan como por el dispendio de él que han hecho en los cuatro últimos años. Dirán que consolidaron la democracia. Pero la democracia consolidada no ha traído ni la paz ni una gestión capaz de resolver las necesidades básicas de la mayor parte del pueblo salvadoreño.

j) Las elecciones de 1988 no han sido decisivas en modo alguno. El dispendio de dinero, de tiempo y de confusión que supusieron, implicaron tal vez más un encubrimiento de los problemas reales del país que un enfrentamiento de los mismos y una posibilidad de solución. Tampoco empeoraron las cosas, como tal vez era el deseo de algunos. Las dejaron como estaban en lo fundamental. Eso sí, de ellas pueden desprenderse lecciones importantes. Son elecciones aleccionadoras. Ni siquiera el pueblo y sus dirigentes tratarán de asimilar esas lecciones, no todo habría quedado perdido. El estar a las puertas de unas importantes elecciones en 1989 puede ser una buena ocasión para no desaprovechar del todo estas elecciones aleccionadoras.